



Don Emilio y Matilde durante su ceremonia de boda en Monserrat.



Autorretrato de Emilio Sáiz con 30 años.

so VIII y ya estaba íntimamente ligado a la Semana Santa. Ana Violeta Matilde vivía en su localidad natal, San Lorenzo de la Parrilla. «Nos conocimos un día cuando iba yo a la fiesta de la Virgen de Tejada. Él era padrino de la Virgen de Tejada y estaba allí con Marco Pérez que a mí me quería muchísimo», rememora Matilde. El artista de Fuentelespino de Moya fue quien los presentó y, allí mismo, «me dijo que si me quería casar con él. Marco Pérez fue casi el culpable de que me casara con él».

Pese a que don Emilio quería contraer matrimonio en la Catedral de Cuenca, la boda se celebró finalmente en el Monasterio de Monserrat, en Barcelona, el ocho de diciembre, día de la Inmaculada Concepción y aniversario de bodas de sus padres. El marido de la hermana mayor de Matilde había estado en la Guerra civil con el abad de Monserrat con el que entabló una gran amistad. Por este motivo, y porque la vida de parte de la familia de Matilde transcurría a caballo entre la localidad catalana y Cuenca, la boda se celebró allí.

Tras los quince días del viaje de novios en París, el matrimonio fijó su residencia en la casa que don Emilio tenía junto a las Escuelas Palafox. Matilde recuerda que allí, todo era Semana Santa. «Estaba 'La Caída' en la sala; abajo, Simón, que ahora está llevando la Cruz en el santo que hay en San Fernando -'La Verónica' del Jueves Santo-; la Virgen del Amor,... estaba todo lleno de santos».

Don Emilio estaba todo el día ocupado. Tras sus clases de dibujo en el instituto, donde era muy querido, empleaba su tiempo libre en pintar y bordar. Prueba de su gran capacidad creadora es su casa de Carretería donde ahora vive su viuda. No hay estancia, y hay muchas, en las que no cuelguen de la pared varias de sus obras y, por supuesto, los títulos obtenidos en sus estudios de pintura en Madrid, todos ellos con la calificación de sobresaliente, llegando con tan sólo 20 años a ser «maestro nacional».

Pero si contaba con formación académica en pintura, no ocurría lo mismo con el bordado, otra de sus grandes pasiones. Una de sus tías era modista en París y entre sus clientes se encontraba la Casa Real español-

la. En sus múltiples viajes a Cuenca, don Emilio aprovechaba para aprender a coser y bordar.

Pintura y costura, pero también Semana Santa. «Era su locura», asevera Matilde. Poco después de finalizada la Guerra Civil, una docena de personas comenzó a reunirse en la sacristía de 'El Salvador' tras la misa dominical con el objetivo de reconstruir la Semana Santa. Entre ellas, junto a Manuel Sáiz, Victoriano de la Cruz, Juan Ramón de Luz, Cayo Conversa, Juan Pérez, Juan Benítez y Juan Ruiz, estaba Emilio Sáiz. El tesón de todos ellos posibilitó la recuperación de una tradición perdida. No sin esfuerzo, consiguieron, poco a poco, devolver a la Semana Santa de Cuenca su antiguo esplendor.

«Era de todas las hermandades, como yo, -nos cuenta Matilde- aunque el Cristo de los Espejos y San Juan Bautista eran sus preferidas». Pero si don Emilio tenía un cariño especial ese era a la imagen de María Magdalena que comenzó a participar en los desfiles conquenses en 1954 y a su hermandad, la del Cristo de la Luz. Según recoge Antonio Pérez Valero en su libro 'A través de mi capuz', en 1951 la hermandad del Cristo de la Luz aprueba la incorporación a la procesión del Viernes Santo del paso de 'La Lanzada'. Para su construcción, existen varios proyectos con sus respectivos presupuestos: Marco Pérez pide 65.000 pesetas, Martínez Bueno 60.000 pesetas y José Rabasa 66.000 pesetas. Éste último cuenta a su fa-



Don Emilio quitando el manto negro a la Virgen en la mañana del Domingo de Resurrección.